

—Bueno, ¿y?...

En efecto, «bueno, y?...».

Literariamente es ésta una obra de calidad y Mario Osses tiene—por cierto sin necesidad de que nosotros lo digamos—un claro lugar entre los redentores de este mal traído género del ensayo, inundada como está nuestra literatura de frecuente poesía fácil.


Pero nosotros creemos que no es éste el sentido que la prosa ideológica—llamémosla así—de Chile necesita, sino otro más urgente, didáctico e inmediato.

Porque, de estas cuarenta páginas ¿qué solución, qué herramienta para comprender, qué problema plenamente evidenciado siquiera?

Esta aparente filosofía, desvinculada de la verdad por el impulso poético, necesariamente acarrea confusión (1).

Y nuestra cultura, tierna por cierto, no requiere urgentemente poesía, que ya la hay y extraordinaria, sino sólida construcción científica.

FÉLIX MARTÍNEZ BONATI.

  
<https://doi.org/10.29393/At276-23SSFA10023>

EL SENTIDO SOMPRÍO, por *Gustavo Ossorio*, Santiago, 1948.

Gustavo Ossorio es uno de los pocos poetas chilenos de la actualidad que continúan produciendo materia viva y original en el auténtico terreno del arte. La mayoría, y especialmente los jóvenes, se dan de cabezazos contra los espejos de un laberinto de feria. Representan una juvenil decadencia, enternecedora y hasta digna, si se quiere, pero no menos fatal.

---

(1) De la culpabilidad que a Ortega y Gasset cabe en esta inclinación no científica nos ocuparemos en otra oportunidad.

La poesía de Ossorio es el largo y angustiado soliloquio de una memoria que pertenece a más de una persona. Desde lejos le acompañan, asombradas y respetuosas, las sombras de otro tiempo aguardando el instante en que serán llamadas a desfilan por este registro minucioso de la realidad.

En su primera obra—*Presencia y Memoria*—de naturaleza hermética, nos pareció que el conflicto de Ossorio hallaría a la postre su solución en una ternura que aparecería como una sonrisa involuntaria en el rostro de un hombre demasiado serio. En aquella época su corazón era como el «corazón de dios» del cual «salen trotando a grandes lutos—las gacelas del invierno». Metálico, a veces, ardiente en la mayoría de las ocasiones, su verso reflejaba el paso de un alma joven a través de corredores, pasadizos y esquinas a flor de tierra. La tierra era, por lo demás, lúgubre. El sol de sus tardes se desmayaba entre el encaje de las persianas y había como un piso cubierto de pesadas alfombras dondequiera que el poeta se aislara a revisar la memoria. Pero una que otra vez, Ossorio sentía la tentación de probar las viejas ilusiones y cantaba, por ejemplo, al recuerdo y a la lágrima. Sin embargo, no había allí mandolinas ni nomeolvides. Ni siquiera un atardecer. Era un modo el de Ossorio de cantar cosas antiguas con palabras nunca usadas. Tenía en verdad, nuevos nombres para las cosas y no tardó en hacer como esos sacerdotes que inventan su propia iglesia y obligan, sin querer, a los dioses, a sentarse entre los feligreses.

«Considerar la voz»—decía  
 «Considerar la fiesta de los helechos habituales  
 Junto a la idea sencilla de la nube  
 Que levanta collares y amarguras  
 De improviso no es tarde y amo».

De tal actitud nace un convencimiento fundamental que, aunque Ossorio no lo defina jamás en un concepto, representa la

conciliación entre las imágenes desatadas del poeta y las formas rígidas de una realidad que le atormenta. Hemos dicho que Ossorio andaba a flor de tierra en su primer libro.

Ahora penetra la tierra y la investiga, pero no va solo ni se queda mudo entre las piedras, luminoso y muerto entre cristales.

«Círculo entre hondos pozos  
Que repiten los ecos siniestros que tú escuchas:  
Entre aguas cerradas y atentas a mi delirio;  
Entre sordas casas  
Que no reciben al tiempo que viene a ellas».

En realidad, florece de la piedra. Se encuentra con las raíces, los canales y los seres ciegos que se estiran entre poros subterráneos para comunicarse con el aire y comulgar en la luz. No es una muerte activa. Ni acaso pueda decirse que es la energía de la materia en corrupción. Aunque a veces el poeta nos desconcierte:

«Todavía vivo,  
Todavía voy, alma mía,  
Como un peñasco que apenas repercute en la sombra.  
¡Si tuviera sólo una sombra para perecer!»

Preferimos pensar en esa raíz que se hace tallo y conquista la atmósfera y recibe en el rostro la gota de rocío repetida cada madrugada.

«En mi casa entro  
Y allí, entre plumas y hondas aguas,  
te oigo de pronto, detenida en el aire,  
Con una nube para mi libertad.  
Eres lo que se va  
Por mortales horas contenidas en el gozo completo  
Eres breve indescifrable  
Y tus labios remueven el origen de las confusiones».

«Acaso nunca sepamos quién llora para abrasar nuestros sueños  
 Acaso nunca lleguemos a encontrar nuestro árbol protector,  
 Ni veamos su doble copa acallando con su arpa  
 El habla enemiga que cambia los rostros.

Henos aquí en edad de amar  
 Henos aquí soberanos del delirio  
 Para igualar las jornadas y la ruina sorda  
 Libres de los pies que agobian con su falsa esperanza,  
 Libres de la sangre que desencanta,  
 Con nuestra luz sin juicio,  
 Con nuestros cuerpos aterrados por la contemplación.  
 «He aquí nuestro círculo oculto,  
 Nuestra tierra y nuestra entraña».

En su poema final Ossorio hace un esfuerzo por definir esa libertad que ha de producir la unidad de «los espejismos», la solución de esa misteriosa antinomia que el poeta representa en «la tierra» y en «la voz». Desde luego declara que «no significa la muerte». No puede ser la muerte solamente.

«Hay un vínculo que enlaza al hombre y su caída  
 Y a esto se agrega el pensamiento  
 Hecho revelación entre el recuerdo y su color».

Hay más aún: \*

«En el punto de partida  
 Las fechas se preparan a ser,  
 Entretanto, vacilo.  
 Me toco apenas,  
 Prometo lo que nunca he de cumplir  
 Y pienso:

Si yo me despidiera para siempre,  
Si partiera como un ruido morado  
Hasta algún oculto violín...».

En un violín, en una hoja de hierba o en un vilano vagabundo, Ossorio sabe que va rodeado de múltiple e ilustre compañía. Lo importante en este caso es la seguridad de permanecer y la energía que de tal convencimiento resulta. Energía que funciona, por lo demás, en inversas direcciones porque, como el mismo Ossorio lo reconoce, es su ternura que le hace adivinar el secreto de su propia resurrección:

«Hablo hacia muy adelante,  
Aprovechando esta disposición del cariño».

Sacrilegio parece casi intentar una sinopsis de una historia que Ossorio ha narrado en versos tan hermosos y con palabras de tan profunda significación. Es necesario leer esta historia y estudiarla, deleitándose en las maravillosas imágenes, en las frases imprevistas, en la inspirada emoción de sus palabras amorosas. Desconocemos aún el desenlace. Ojalá Ossorio prolongue su búsqueda y desmenuce sus hallazgos. No siempre cae la lámpara del cuento en manos de un poeta alucinado.—FERNANDO ALEGRÍA.



«JORGE GUILLÉN-CÁNTICO», por Joaquín Casaldueiro. Editorial Cruz del Sur. Santiago de Chile.

El notable crítico español Joaquín Casaldueiro, ha publicado un libro de estudio completamente dedicado a la obra del poeta peninsular Jorge Guillén.

El análisis, profundo y hecho con cariño verdadero, com-